

Modernismo

PARA MI AMIGO JOSÉ SENDRA

que seguramente le hará mucha gracia

Hace una tarde espléndida. Yo he almorzado y después de almorzar he marchado al café. El café está muy concurrido; todas las mesas están *plenas*. Yo he dirigido una mirada curiosa á todas ellas (las mesas) y no he encontrado ninguna donde sentarme. Por fin un caballero se ha levantado de la suya y yo me he dirigido á ella. Yo he llamado al camarero y le he pedido café con leche. Yo no puedo tomar café sólo porque me excita los nervios. Yo me he llevado por segunda vez la taza del café á los labios y he visto una cara conocida. La he reconocido inmediatamente. Es mi amigo Peláez. ¿Qué hará aquí Peláez? me pregunto. Yo he terminado de tomar el café y he llamado al camarero. Le he pagado, le he dado una modesta propina y él me ha dirigido una sonrisa; ¡oh, la propina! Mi amigo Peláez que está solo en una mesa se ha levantado sorprendido al verme y yo le he dicho: ¿Qué tal, Peláez? y él me ha contestado: Muy bien *Asaurín*. ¿Tienes ganas de pasear, Peláez? le he tornado á decir: ¡Oh! sí, *Asaurín*, tengo ganas de pasear, me ha tornado á contestar. Peláez adora la poesía, ama las tardes espléndidas y gusta de pasear. Yo lo he animado y hemos salido del café. Granada está *bulluciosa*. Peláez adora la poesía del campo; yo amo la soledad. Los dos hemos marchado al campo y nos hemos alejado del mundo *chico*, de las calles alegres y risueñas de Granada. Nosotros hemos salido silenciosos de la población. Peláez va triste y yo le he dicho: ¿Qué tienes Peláez?

Nada *Asaurín*.
Nada?
Nada.
Nosotros hemos seguido caminando. El paisaje está triste. A pesar de esto la vista de un cerdo, pastando en un prado, no me ha sugerido ninguna idea. Varios canónigos vestidos separados y cabizbajos. Yo he pensado que éstos aman también la soledad.

Nosotros hemos pasado camino sin rumbo y hemos pasado largo espacio de tiempo. Yo he mirado al cielo, he visto que la noche está cerca y he dicho á Peláez:—¿Vámonos Peláez? y él me ha contestado: Vámonos *Asaurín*.

Nosotros hemos vuelto á marchar en dirección contraria y nos hemos acercado cada vez más al mundo *chico*. Muy cerca de él yo he percibido los rayos luminosos de un arco vóltico. He mirado arriba y he percibido los idem, idem de las estrellas, es que es de noche (chiste de vuelta). Peláez sigue triste y yo le he tornado á decir:

¿Qué tienes, Peláez?
Nada, *Asaurín*.
Nada?
Nada.

Nosotros nos hemos divertido mucho.

Asaurín.

Al Sr. Alcalde

Jamás, en los nueve años que llevo colaborando en los periódicos de Valdepeñas, me he ocupado de interioridades de nuestro Ayuntamiento, ni de lo que en sus reuniones ocurriera. Si en algo me he mezclado en la política, nunca mi pluma ha servido para censurar personalidades, ni en mis escritos he atacado á este ni á otro prohombre de la localidad.

Sirvan estas líneas de preámbulo para descargo mío y como exordio necesario á fin de que nadie se moleste por lo que después diré.

Hace algún tiempo falleció en Madrid D. Manuel León y Fernández, hijo de Valdepeñas, que en su última

hora recordó su pueblo é hizo en su testamento un importante donativo á nuestro Hospital Municipal que desde el fallecimiento de aquél viene cobrando los intereses de la cantidad legada.

Los encargados por disposición del difunto de la cobranza de esos intereses necesitan para justificación de sus cuentas ciertos documentos que les deben ser enviados por las oficinas municipales de esta ciudad.

Pues bien, en todo el año corriente no se han remitido esos documentos, y por tanto el Hospital no ha podido disponer de esos fondos y los albaceas se quejan, y con razón, de este abandono que los convierte en depositarios de fondos que les hacen estos hechos, que no son de rumor público, y que por eso son acaso más ciertos, nos sugieren las siguientes preguntas que dirigimos, no sólo al actual Alcalde, sino á todos los que durante el año que vá finando han desempeñado el cargo.

¿Tan sobrado se encuentra el Hospital de fondos que no necesita cobrar esos intereses? Siendo éstos un ingreso seguro y cierto, cómo se han cubierto las atenciones á cuya satisfacción debían dedicarse esos fondos?

Esperamos, sentados, las respuestas.

DELEME.

GRITOS DE LA CONCIENCIA

Episodio histórico en la villa de X..., dedicado al joven director de JUVENTUD D. Manuel Luna.

I
Era muy niño cuando lo refirieron, pero aquella impresión recibida entre sacudimientos de horror, jamás se ha borrado de mi alma.

Yo he visto muchas veces á través de mis ojos sin luz, la repugnante figura del guarda de la Vega, perpetuo contraste y única sombra de aquel lugar de poesía y belleza, fantástica mansión digna de ninfas y de hadas, de gnomos y de genios por la variada riqueza de encantos y deleites, que saboreaba con ansia inabarcable el alma entre los vagos y misteriosos ruidos del interminable serpentear del río, copiando, eternamente envidioso del cielo, su azul diáfano y trasparente y los secretos amores de las auras, olorosas y perfumadas, con aromas de mil flores, besando con dulce suavidad las hojas de los esbeltos y arrogantes álamos.

Qui agit male, odit lucem. «El que obra mal, odia la luz.» dice ese libro de páginas siempre nuevas, que se llama sagrada escritura, y no es extraño que el malhechor busque cobarde las sombras y misterios de la noche para perpetrar crímenes nefandos, que denuncia con su esplendor radiante la claridad del día. Noche y noche tormentosa, en la que el vendabal ahullaba con furia de demonio, era la que para sus malvados designios escogió aquel ser de alma ruin y menguada. La tempestad rugía terrible y amenazadora, enviando torrentes de agua del seno de aquellas nubes, que se abrían con horrisono estampido para alumbrar la tierra con la cárdena luz de momentáneos relámpagos, mientras el formidable resaca del trueno comovía las entrañas de los montes, llevando de uno á otro en las invisibles alas del eco, su prepotente mugido, como lamentos é imprecaciones blasfemas de desesperada turba de condenados.

A pocos pasos del camino, que conduce al pueblo, destacábase formada por haz informe de secas gavillas recubiertas de barro y malezas, la choza del guarda y no muy lejos, pobre y destartada Ermita que servía de parada á la patrona de X.... en las solemnidades en que desde su refugio se trasladaba á la villa, y de refugio al viajante en los rigores del estío ó en las inclemencias y eventualidades del tiempo.

Envuelto en amplia manda de via-

ge, avanzaba, jinete sobre brioso caballo que resistía impávido los horrores de aquella trágica y horripilante roche de desecha tormenta, el mayordomo de ilustre título de vecina población, aguijoneando con nerviosa impaciencia al noble bruto para llegar cuanto antes al término de su excursión atrevida y peligrosa, á través de ignotas senderos, y rodeado de espesas tinieblas, que solo disipaban con instantánea rapidez la fatídica y lúgubre fosforescencia del siniestro relámpago.

II

¿Podeis decirme si he equivocado el camino?

—No; pero os aconsejo desistais; pasad á mi choza; y mientras reposéis las fuerzas y secáis los vestidos, quizá ceda la violencia del huracán y de la lluvia.

—Imposible. No puedo demorar ni un instante la entrega de algunas cantidades imprescindibles para el buen éxito de importantes negocios de mi señor. Dios os guarde.

—El os acompañe.

El acompasado ruido de las pisadas del caballo; el sordo rumor del viento, sacudiendo violentamente las ramas de los árboles y el chasquido insistente y pertinaz de la espesa lluvia, impidieron al descuidado viajero aperebirse del descuido, que le seguía, no á larga distancia y á quien el espíritu del mal prestaba sus negras y veloces alas, para alcanzarle.

Como el abalanzó sobre el confiado mayordomo el guarda, y rodeando su cuello con sus brazos de hierro oprimía la garganta del desdichado jinete, que revolviéndose sobre la silla, así con desesperada fuerza un brazo del asesino, no tardando en rodar por el fangoso suelo, víctima y verdugo despedidos violentamente por el caballo, que libre de su carga emprendió loca y desesperada carrera.

Llamarada vivísimamente rápida brilló en la oscuridad de la noche y retumbó en el espacio la detonación de armas de fuego. El viajero disparaba contra el asesino y éste, ebrio de furor y rabia, rechinando los dientes como lobo hambriento reunió en supremo esfuerzo sus energías todas y, oprimiendo como férrea argolla el cuello del vencido, apretó ferozmente contra el pecho su rodilla.

Un ¡ay! de angustia infinita flotó por breves momentos destacándose entre el espantoso crujir de huesos...; después el viento siguió azotando con igual violencia las hojas de los árboles que la agua en su continuo caer acompañaba sus trónicos rumores, con chasquido insistente y pertinaz, como entrecortados sollozos de alma pesadumbada.

El cielo, hasta entonces mudo testigo de aquella escena de horror y de sangre, quebró en mil pedazos y se enlutada bóveda para que asomara por sus luminosos resquicios la cólera de Dios en forma de deslumbrante cinta de fuego, que precipitada desde aquellas alturas con ensordecedor extrépito, lo comunicó á la seca techumbre de la choza, convirtiéndola en antorcha de vivísima claridad, cuyas rojizas llamas alumbraban el repugnante cuadro que ofrecía el asesino desbalijando aquel cuerpo sin vida, cuyos ojos desmesuradamente abiertos por la tortura de una agonía terrible, se fijaban con expresión acusadora en el ladrón miserable.

Horas más tarde, un cuerpo cubierto de lodo y empapado en agua se balanceaba, pendiente de una soga, en el interior de la Ermita.

La justicia humana no encontró al culpable de aquel hecho evidentemente criminal. Dios, sin embargo, le había visto en la oscuridad de aquella noche tormentosa y su justicia Divina tenía forzosamente que manifestarse y cumplirse.

III

Y se cumplió.
La Vega continuaba guardada por el criminal, pero ya no era la Vega

espléndida y bellísima de los días de su pobre honradez.

Las flores, sacudidas á su paso, dejaban caer hojitas y pétalos escribiendo sobre el arenoso suelo, con variados colores una palabra terrible; «Asesino.»

El céfiro no gemía dulzuras y misteriosas ondas deslizando en sus oídos una acusación formidable, «Asesino.»

Las copas de los álamos en su arrogante cimbrear entrelazaban sus raras con ellas la fatídica frase «Asesino.»

«Asesino» repetía con desesperante tenacidad el murmullo interminable de las aguas en su continuo correr.

«Asesino» chisporroteaba la encendida leña al buscar en sus llamas calor para los ateridos miembros.

Siniestras apariciones y amanecedores fantasmas turbaban su sueño, y entre el chocar de huesos de horribles esqueletos, percibía clara y distinta la palabra «Asesino» pronunciada por voz lúgubre y cavernosa, salida del frío recinto de la tumba.

Y como en la noche maldita, en la Vega, en la choza, en la villa y en la casa, en pleno día y en la oscuridad, siguiéndole por doquiera y fijos muy fijamente, con expresión de espanto unas veces, terribles y amenazadores otras, como la severa mirada de la justicia, aquellos ojos, que en el clavarono momento de la muerte se clavaron en los suyos, llamándole con mudo lenguaje, «Asesino.»

Y sobre semejante tortura, hechos inexplicables que rostaván aquel acto de expiación ignorada, de aspecto sobrenatural, atribuidos á la sanción divina que vengaba el crimen oculto á las miradas de la justicia humana; voces misteriosas; puertas aseguradas con exquisitas precauciones, que se abrían en las horas avanzadas de la noche; gritos de angustia y una fuerza secreta, misteriosa, que empujaba al desgraciado á vivir en vega, lugar de su crimen y lugar de la justicia de Dios.

¡Vivir en la Vega! ¡Dios mío! vivir en la Vega pisando el suelo que manchó la sangre de la víctima; ante aquella Ermita siempre abierta, testigo implacable de su horrible acción: muriendo en aquellos sitios, mansión errante del alma de su víctima, á la que creía ver pendiente de la soga, cuando el viento tronchaba alguna rama ó balanceaba con fuerza los corpulentos álamos!

Y obsesionado, loco, errante y vagabundo, sin sosiego, ni paz, sin tranquilidad ni reposo, hufa y huía de impalpable niembra, para volver de nuevo á aquellos lugares que le atraían como el imán al acero y el mar á los ríos.

Los pastores de los contornos recogieron un día el cadáver del guarda justicia divina! en el mismo lugar en que traidor y malvado asesinara años antes al confiado viajero.

¡Y dicen los materialistas que en el hombre solo hay materia y movimiento!

Quisiera convencerme ¿Hay algún materialista que disipe mis dudas?

JUAN SIMARRO GONZÁLEZ.
(El ciego de Valdepeñas)

¡GRACIAS! ¡GRACIAS!

Con placer cogemos la pluma para sintetizar esta concesión que nos ha dispensado el Sr. Alcalde, ordenando que la Banda Municipal concurre á la Glorieta de la Estación, en permita, tocar de tres á cinco de la tarde, según le indicábamos en el núm. 15 de este semanario, y en otro artículo que publicábamos con el título de «Interés local.»

Sin pretender nosotros que este sea un triunfo de los que hacen época, ni de los que resuelven un gran